

El ademán contornista

Por David Viñas (*)

La crítica cultural, ávida de analizar “casos”, no suele reparar en los hilos que tejen el cuerpo de textos sobre el que establece sus juicios. El estilo de la obra de David Viñas es inseparable de su propia trama biográfica. Sus modos de decir, la experimentación con el lenguaje que destilan sus textos y su voz, nos conducen al vértigo de una vida surcada por la tragedia personal que es, a la vez, la tragedia política argentina. La palabra de David, fusionada con su gestualidad corporal, se nos aparece como una tempestad, una lengua entrecortada que se derrama a borbotones, produciendo contorsiones y “ademanos” que desafían la estructura misma del discurso. Palabra implacable, gesto irreverente, literatura asociada al honor y a la acción.

En aquella noche de julio de 2008, quizá su última intervención pública, presentó la edición facsimilar de la revista *Contorno*, de la que fue fundador y animador destacado. Su presencia, en las antípodas del *rictus* burocrático propio del profesional de las mesas redondas, no fue un hecho más. Hizo un examen del grupo, de sus miembros, de los artículos de la revista, de los temas que se propuso indagar y del clima cultural y político que se respiraba en aquellos años. Fue una noche en la que sus afirmaciones, que debían repasar dolorosos episodios y querrelas no saldadas, no cesaron en su perseverante ética de la beligerancia.

Tengo que recuperar, de ser posible, el comienzo de un trabajo que hicimos este año en la Facultad de Filosofía y Letras, allá en la calle Puán, metiéndonos con los problemas de América Latina. En ese momento ineludible después del pasilleo, que es entrarle al toro, recordé a los actores del Noh, el teatro japonés, que antes de subir al escenario, rezan. Previsiblemente, diría, esa zona me está vedada. Pero de cualquier manera intenté enunciar, aludir, a una especie de plegaria laica. La situación es análoga de ese momento, tratando de ir ordenando, inevitablemente –tarea o provocación que me cuesta notorios esfuerzos– algunas cosas motivadas por lo de *Contorno*, que se han repetido y que no me terminan de conformar. Quiero decir con esto que podría apelar a lo grupal: desde ya, toda una serie de coincidencias, de comunes denominadores en esos años 50... Pero prefiero correrme por el güín: digo, ¿qué cosas había, por lo menos en mi perspectiva –desde ya que esto abre polémica, saludablemente– al comienzo, al arranque, de esta revista?

Había dos bestias negras en una franja que aludía, o una serie de coincidencias que favorecían, sino el diálogo inobjetable, quizá los rencores y otros malestares: la denuncia de Mallea, que era una especie de blasón de *La Nación* y el enfrentamiento al que era ministro de Cultura en esa época, el doctor Ivanissevich. Es decir que, desde mi perspectiva, insisto, pero creo que es considerablemente compartido, el cuestionamiento de dos típicos figurones de la literatura argentina, tanto por el lado de la tradición liberal, como por lo que era, en ese momento, la etapa clásica del peronismo entre el año 46 y el 55, teniendo muy en cuenta, además, la reaparición y las

significaciones del doctor Ivanissevich. Eran lo que se llamaba dos figurones, análogos en su andadura –la ciudad era mucho más restringida–, en su andadura por la calle Florida, ¿no? Como si se superpusieran dos figuras distantes en un momento dado; prácticamente eran una sola imagen. Mallea, *Sur* y *La Nación*, y el doctor Ivanissevich que era nada menos que ministro de Cultura y que inauguraba los Salones Nacionales de Pintura.

Digo, puede sonar a rencor –que lo es– (risas). Quizás suene anecdótico –también lo es, sí–. Lo que pasa es que, a cierto nivel de poder, las anécdotas ya definen un momento histórico ¿sí? De la nariz de Cleopatra para aquí podemos apelar a esa secuencia. Mallea e Ivanissevich. Esos dos figurones que recorrían la calle Florida de entonces, año cincuenta y tantos... Entendámonos: era una calle en donde no se podía andar con la novia con el brazo sobre los hombros; esa era la calle Florida. Tengamos en cuenta que no era esta especie de feria centro-oriental que es actualmente, más o menos tanguera, y eventualmente amena. ¡Iban con sobretodo! ¡inolvidable! Con sobretodo de piel de camello y los guantes como si fuera un ramo, guantes de patito (risas).

Estos eran los figurones, los *emblemas*, como se dice ahora en la reiteración de los periodistas, “lo emblemático” de todo un sector del poder, de la presencia cotidiana, del manejo más o menos precario, si ustedes quieren, de

Había dos bestias negras en una franja que aludía, o una serie de coincidencias que favorecían, sino el diálogo inobjetable, quizá los rencores y otros malestares: la denuncia de Mallea, que era una especie de blasón de *La Nación* y el enfrentamiento al que era ministro de Cultura en esa época, el doctor Ivanissevich.

los grandes medios. Sobretudo de piel de camello y guantes de patito: eran caricaturas... caricaturas de la cultura argentina oficial. Por el lado liberal y por el lado del peronismo clásico, repito, de los años 46 al 55. Enfrente de eso, desde *Contorno*, aparecen dos propuestas, blasones también, que se materializan en dos números especiales: uno dedicado a Roberto Arlt y otro al viejo Martínez Estrada –lo de “viejo” ya es un chiste, ¿no?–. Porque, en perspectiva histórica, el mundo sigue andando, mal.

Es decir, Roberto Arlt y Martínez Estrada, frente a la paparruchada significativa, encarnada en Eduardo Mallea y el doctor Ivanissevich. ¿Por qué? No había mucho para elegir, ¿no?, desde ya; pero eran –siguen siendo; en ese momento lo sentíamos probablemente

El excelente trabajo de León Rozitchner sobre Mallea. Descifrando toda la serie de astucias, de estrategias literarias, intelectuales y culturales que utilizaba Mallea para justificarse frente a un presunto público.

de manera mucho más encarnizada, diría– todo lo contrario como propuesta, como resolución, como lenguaje, desde ya. Hay que pensar que, todavía, la llamada “literatura argentina” oscilaba permanentemente en el uso del tuteo, del voseo o de lo que fuere. Digo, para aclarar esto, tenemos que tener presente –otra *anécdota*– que la primera edición de *El túnel* de Sábato está escrita en tú: es decir, las vacilaciones de ese tipo, y todo lo que implican esas vacilaciones. En los colegios –problema de edad, de tiempo– se nos enseñaba algo tan obsceno como el “tú amas” o el “vosotros amáis”: ¿quiénes amaban, en la Argentina, en tú o en vosotros? De ahí que los argentinos llegamos a amar de manera muy deficiente. (risas)

Pues bien, Arlt por el lado de la

novela, fascinante: hablaba del cuerpo. Arlt ¡Hablaba de un puto! ¿Qué es esto, cómo? Y, ¡aparecía un puto en la literatura argentina! Es decir, alguien execrado, marginado, marginación de la que él también participaba. De pronto aparecía en la literatura un muchacho, ahí, muy dramatizado, muy humillado, etc. Había una ruptura con toda una literatura que no tiene sexo, que no tenía sexo, que no tenía lenguaje: en Mallea, los personajes nunca usan el vos y se tienen que convertir, para tener una cierta movilidad literaria, digamos así, narrativa, en silencio; se inventaba el silencio: ¡el argentino era silencioso! (risas). Pues bien, eso nada menos que en la primera presidencia del general Perón.

Roberto Arlt. Era entrañable –sigue siéndolo, desde ya. Alguien había intentado rescatarlo y se había ocupado de él. No es que lo descubriéramos: un hombre de quien nadie habla ya, incluso por el sambenito de haber sido comunista, de haber sido estalinista, de haber estado con Codovilla. ¡Monseñor De Andrea y la señora Victoria Ocampo hablaban de Stalin diciendo “el tío Pepe”! Quiero decir, cómo funcionaban ciertos grandes símbolos en ese entonces y las vueltas que han dado, ¿no? Pues bien, Larra había escrito, podría decir, anecdóticamente, no nos convencía pero se había ocupado levantando la figura de Roberto Arlt, diciendo: “señores, acá tenemos un novelista del que nadie se ocupa”. ¡El novelista argentino era Mallea, señores! De esto estamos hablando, ¿sí? El representante de la cultura peronista, en ese momento, era el doctor Ivanissevich que reaparecerá posteriormente con la señora Isabelita: el mundo y sus vueltas... No se trata de purismo. De “todos somos puros”,

nada; yo podría empezar a hablar de mis torpezas, no sólo con mis hijos, sino con algunos de mis amigos, ¿sí? Aquí no estamos postulando una especie de Olimpo inobjetable.

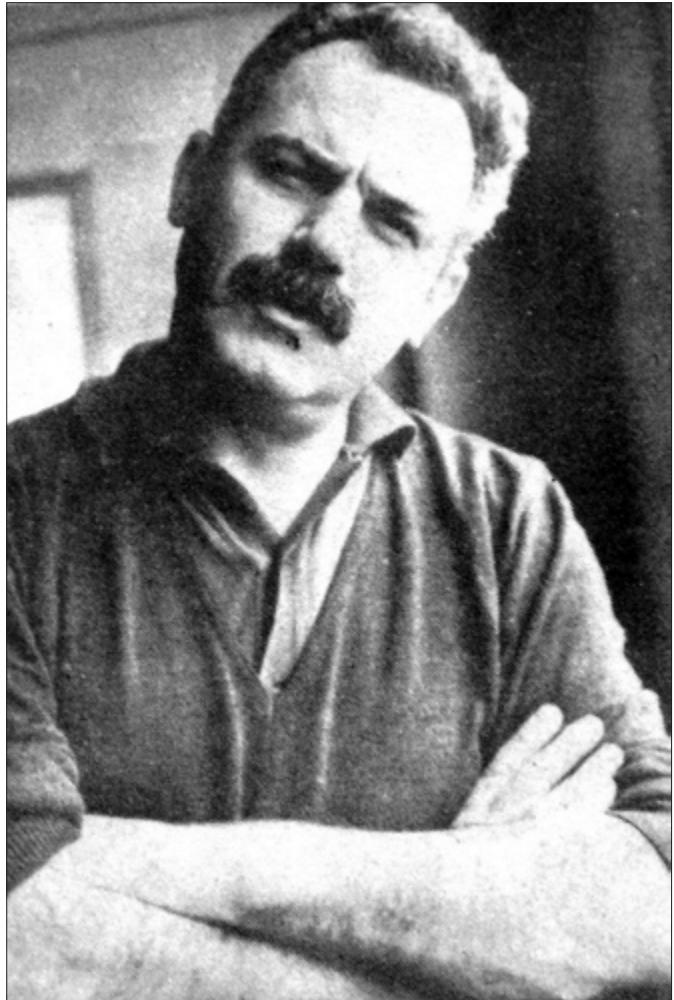
Mallea-Ivanishevich: ahí había que escupir, por lo menos, insultar. Llegar a insultar: el uso del agravio en la Argentina. Es decir: “esto es muy malo, señores, esto es lamentable desde todo punto de vista”. Es un género que aparece muy de vez en cuando... reaparece, sí, en algunos casos de manera muy saludable, desde ya, pero generalmente... *Argentinos*, es todo un emblema: *yo, argentino*.

Las personas más íntimamente vinculadas a *Contorno*: León Rozitchner, Noé Jitrik, Ramón Alcalde y mi hermano Ismael. Digo –es un decir, ¿no?–, el excelente trabajo de León Rozitchner sobre Mallea. Descifrando toda la serie de astucias, de estrategias literarias, intelectuales y culturales que utilizaba Mallea para justificarse frente a un presunto público. Incluso cuestiona, cuestionó en ese momento nada menos –sí, ahora ya es historia antigua, pero que tiene una vigencia impresionante– al doctor Francisco Romero que escribió un artículo sobre *La pasión argentina* diciendo que era “la presencia renovada de Descartes”. Pues bien: León Rozitchner lo denuncia sistemáticamente al doctor Francisco Romero y, desde ya a Eduardo Mallea. Excelente trabajo. Como se hace en clase, allá en la calle Puán, convendría releerlo. Porque Mallea reaparece, naturalmente, sostenido por todo el aparataje de *La Nación*, que sobrevive cada vez más miserable. ¡Hay que escucharlo a Eduardo Mallea: era tan imbécil, este hombre! (risas) que después de la caída de Perón, en el año 55, dieron

una serie, estos grandes figurones del liberalismo tradicional, una serie de conferencias en la vieja Facultad de Filosofía, en la calle Viamonte. El amigo –digamos– Eduardo Mallea, durante quince minutos, habló ¡en latín! (risas) Eso era “la cultura”, ¿no? Como aquel personaje de la comedia del siglo XVIII: “para entendernos mejor, vamos a hablar en griego”... (risas)

León. Noé: recién yo, por tradición sarmientina, no escucho muy bien, no oigo muy bien; me pareció que te encarnizabas con tu Marechal. Quiero reivindicar tu trabajo sobre Marechal.

David Viñas



Sobre todo, me parece muy considerable en un momento en que el sistema, el aparato liberal de entonces, *La Nación* y *Sur*, lo denostaba. Incluso, con el andar del tiempo, nunca se cita.

Toda esa jungla de pseudónimos –porque utilizamos, por razones tácticas, algunos, una cantidad de pseudónimos–. Se trataba de hacer creer que teníamos más gente de los que éramos (risas); éramos muy pocos. Esa cantidad de pseudónimos... (que a veces releo, ahora con este motivo de la reedición), ya francamente no sé quiénes fueron los autores de uno u otro artículo.

Se cita un trabajo de Cortázar donde efectivamente lo reivindicaba a Marechal y al *Adán Buenosayres*. Pues bien: quiero decir, y subrayar públicamente, que era todo un desafío... Digo, porque creo que además es el núcleo fundamental de

Contorno, el *ademán contornista*, porque que implicaba reivindicar a un tipo como Marechal que estaba condenado, en ese momento, por sus vinculaciones políticas anteriores.

Alcalde: memorable. ¡Alcalde! “¡De qué barrio sos que Castillo no te canta!”. Alcalde, Ramón Alcalde, el que tenía mejor formación humanística de todos nosotros, porque había estado años en la formación jesuítica, rigurosa, y después años psicoanalizándose. Él decía: “lo que yo he pagado a los psicoanalistas no te lo podés llegar a imaginar”, años... Desde ya, componentes marxistas, etc.; era, para decirlo sintéticamente, repito, la persona con mayor nivel intelectual, con mayor formación clásica. Incluso, los buenos muchachos de la facultad, no sé cuál de ellos, de la calle Puán, lo despacharon porque daba Griego, e iban cinco alumnos a sus clases. Como iba poca gente, entonces hay que prescindir de Ramón Alcalde, ¡que leía griego de corrido, a libro abierto, griego clásico!

Pues bien, prescindible Ramón Alcalde, a quién quiero recordar con precisión en un trabajo excelente: “La iglesia argentina, cuestiones para su uso”, como si fuera un remedio. Excelente. Y una polémica sagacísima que en ese momento tenía una considerable actualidad, por muchas razones, polemizando con el llamado “colorado” Ramos. Decía: “señor, usted de problemas de imperios, bartolea más o menos de manera sistemática, no se confunda”. (risas)... Ramón Alcalde.

Y mi hermano Ismael. Que, creo, en toda esa jungla de pseudónimos –porque utilizamos, por razones tácticas, digamos, una cantidad de pseudónimos. Se trataba de hacer creer que teníamos más gente de los que éramos (risas); éramos muy pocos. Cantidad de pseudónimos que a veces los releo, ahora con este motivo de la reedición, y francamente ya no sé quiénes fueron los autores de uno u otro artículo. Pero bien, lo ponemos en el capítulo, en el rubro... como decía una película que vimos en el cine Trocadero: “estoy en el rubro de la construcción”, decía un personaje (risas). Pues bien, estábamos en el mismo rubro. Ismael... (silencio) escribía de política, y lo hacía muy bien. El otro día alguien me comentó –esas anécdotas que también ocurren, con mayor o menor rugosidad, con mayor o menor densidad–, que Ismael era el hombre joven que tenía más condiciones para ser líder político en la Argentina. Apostó a una mano de la que yo no participo pero, en fin, es otra historia.

Dando otro paso adelante... ¿No se puede fumar, acá?

(Horacio González responde: “Sólo aclarando que estamos transgrediendo todas las normas...”).

Y desde ya, para eso estamos (risas)... ¿Alguien me da un cigarro? Gracias, compañera, ahí está... ¿Tenés fueguito? (risas).

Bueno, ahora sí... Los laterales de *Contorno*. Ahí hay tres figuras considerables, desde todo punto de vista, porque, en algunos casos, su trayectoria se la ve con el andar del tiempo... En el caso de Sebrelí, diría que no me asombra, casi podría haber estado esperando eso. No lo voy a injuriar, simplemente voy a descubrir, describir su trayectoria. En una mesa redonda televisiva, en la que participamos con Horacio González, él estaba. Se reivindica, actualmente como en prolongación del primer Sartre. Habría que decirle, yo no lo dije, lo digo ahora, lamento que no esté, que no puede proclamarse de ese modo y apoyar la candidatura de López Rega... ¡López Rega, valga el *lapsus*! ¿Cómo se llama este otro caballero? López Murphy, tanto vale (risas y aplausos). Apoya la candidatura de este señor ¡reivindicando a Sartre! Yo pregunto: ¿qué tiene que ver Sartre, al nivel que sea del análisis crítico, con este caballero que es un pelafustán como otros tantos pelafustanes, que nos han ido segregando y distribuyendo los diarios del sistema, especialmente *La Nación*? López Murphy... Es decir, mi querido Juan José, tampoco se lo dije, es que a veces me tienta fingirme educado y tener buenas costumbres; usted elude concretamente su fascinación, legítima desde ya, por el peronismo de entonces, de la época de *Contorno*. Usted acusó a otras personas, subrayadamente, de haber sido peronistas pero tendría que haber dicho: “yo también fui peronista”. Incluso, su peronismo, creo que se puede corroborar con dos inflexiones: la primera,

que iba a unas clases que provenían de un hombre considerable, Puiggrós. Iba él, iba Masotta e iba Correas; era el ala “peronistoide” de *Contorno*. Pues bien, esos episodios hoy los niega sistemáticamente.

Sebrelí, Masotta: eran brillantes, sobre todo Oscar Masotta y Carlos Correas, realmente. En el caso de Oscar, una especie de fascinación permanente por el *vient de paráître*: tener el último librito con la faja que decía –debe seguir diciéndolo– “acaba de aparecer”. Pero, lo comentaba entonces y ahora lo rescato, de una lucidez considerable desde todo punto de vista. Podría decir, “considerable” me parece palabra casi maliciosa, excepcional. Es que lo estoy viendo desde aquí al viejo compañero Lafforgue, que recordaba, en un libro que acaba de salir y que yo leí atentamente, un examen que le tomaron a Masotta delante de un profesor, un señor que se llamaba Victorica, que era un malentendido, lógicamente, en el que tuvo la sensación de que Masotta

sabía mucho más que el profesor. Y no me cabe la menor duda. Si tuviera que tratar de ser ecuánime, digo, en este caso, le objetaría eso: la fascinación y el reemplazo permanente por las cosas que tenían prestigio, ya fuera Sartre, Merleau-Ponty, eventualmente, o Juan de los Palotes, hasta terminar en Lacan... Pienso, en este momento, si no tenía derecho a hacerlo, se divertiría... Allá él: fue el hombre que

Sebrelí, Masotta: eran brillantes, sobre todo Oscar Masotta y Carlos Correas, realmente. En el caso de Oscar, una especie de fascinación permanente por el *vient de paráître*: tener el último librito con la faja que decía –debe seguir diciéndolo– “acaba de aparecer”. Pero, lo comentaba entonces y ahora lo rescato, de una lucidez considerable desde todo punto de vista.

divulgó, aquí y en España desde ya, toda la cosa lacaniana. Era parte de su avidez de estar al día, tener la última cita posible, posible e intimidatoria.

Y el caso de Correas, y ya entramos en una zona... inquietante ¿no? ¿Sí? Cuando, ¿cómo era?: “Cuando oigas sonar las campanas, no preguntes por

[Correas] es el único, de las personas de *Contorno* que se suicidó. Creo que abriría un capítulo más que considerable la presencia del suicidio en la literatura argentina, en lo que rodea a la literatura, ¿no?

quiénes son, por quién tocan, están tocando por tí”.

¿Sí? Podría decir, más que maliciosamente, casi malignamente: es el único, de las personas de

Contorno que se suicidó. Creo que abriría un capítulo más que considerable la presencia del suicidio en la literatura argentina, en lo que rodea a la literatura, ¿no?

Sebreli, Masotta, Correas. Quiero rescatar, por muchas razones, a otro amigo. Entre otras, por su condición de provinciano obstinado: Adolfo Prieto. Probablemente él, no sé si de una forma muy evidente, se flagelaría. Pero así es como ha elaborado Adolfo su primer libro que se llama, nada menos, *Borges y la nueva generación*. Yo creo que ese libro, de cualquier manera, correspondería rescatarlo porque he leído críticas donde dicen que la gente de *Contorno* no había leído a Borges. Yo creo que lo había leído, en ese momento, con una perspectiva muy crítica. Adolfo Prieto, que en ese momento publica varios libros considerables, desde ya, publica uno que me parece rescatable, No aparece en la foto, en el número que han editado, en la lista de gente responsable de la revista; lo fue lateralmente. Podríamos decir que si Masotta, Correas y Sebreli presuponían ser la izquierda

de *Contorno*, Adolfo era la derecha. Decía, escribió un libro considerable, desde todo punto de vista que habrá que recuperar: *La literatura autobiográfica argentina*.

Las mujeres... (silencio). Un poco de mujeres hace al amor más puro... (silencio).

Tengo aquí anotado, con iniciales, a Adelaida Gigli. Suenan las campanas, ¿sí?, desde ya. He leído un trabajo, también, excelente; León, mi querido León... En Cuba, alguien me corrigió porque yo digo “Lión” y no “León”, hay que decir “León” (los leones en Cuba son con “e”, en Argentina, en Buenos Aires, con “i”: “¡es un lión!”), ¿sí? Y no come verduras)... Un artículo sobre Adelaida... No te duermas, León, por favor (risas), ánimo, ánimo, vamos a ser breves, y te vamos a mimar. Adelaida. Otra mujer que no aparece nunca nombrada: el nombre, confieso, me sigue intimidando un poco: Regina, que en realidad era Perla, Perla Gibaja. Aquí, en *Contorno*, hay un trabajo de ella sobre la versión del feminismo que da Ernesto Sábato: excelente. Perla Gibaja, que no sé qué ha sido de ella, no lo sé.

En el orden genérico, del género —a mí confieso que lo de género todavía me hace pensar en la tienda “Las Filipinas”, pero en fin, son mis limitaciones—, Susana Fiorito, que en el momento en que *Contorno* empieza a politizarse explícitamente es, cada vez más, decisiva. Susana Fiorito que vive en Córdoba..

Y después, otra mujer, León: Diana Guerrero. Tiene un libro que se llama *Arlt, el habitante solitario*. El nombre se lo puso una amiga de ella, que yo he perdido, como tantas allá, pelirroja. Dijo: “salió el habitante” y ella dijo, “el habitante solitario”. Se han hecho

dos ediciones de ese libro, excelente, yo creo que es el mejor libro sobre Roberto Arlt. Diana Guerrero.

En ese rubro femenino, una compañera que trabaja con nosotros en el equipo, allá en la calle Puán, está trabajando sobre Boedo y Florida, señala algo que me parece considerable para establecer sincronías y diacronías –así se llaman a los árboles genealógicos–, la presencia decisiva del juvenilismo en Boedo y Florida: un libro de un norteamericano que, hablando de Boedo y Florida, titula: *Los últimos hombres felices*. Incluso, esta compañera que está haciendo su tesis sobre Boedo y Florida, señala algo que me parece muy sagaz, digo, por los elementos contradictorios y políticos, está ahí la política: el enfrentamiento, dentro de Florida, entre la gente que simpatiza con Alvear –don Marcelo, modelo de presidente liberal– y la gente que apuesta a la mano de Hipólito Yrigoyen. Una interna ¿sí? Alvearistas, “pelados y peludos” se decía entonces, y la presencia de Borges: Borges yrigoyenista. Digo, las vueltas del mundo, ¿no? Borges payador: “Radicales, los que me oyen/del auditorio presente, /el único presidente/ es el doctor Yrigoyen./Son turros los que desoyen/este llamado al laburo/y desde esta noche juro/encontrar un argumento/para joderlo a Uriburu”. Jorge Luis Borges (aplausos)¹.

Dando otro paso adelante. Algo que intentamos ver, el centro, el eje, el carozo de *Contorno*, al cual yo le adscribo, me parece, desde ya, el rasgo polémico, que es el *ademán contornista*: Hay un ademán que es la confrontación de Lugones y Rodolfo Walsh. Porque Rodolfo está vinculado, lateralmente, a *Contorno*. Podría decir, si me pusiera enfático, es el mejor

hombre de *Contorno*. Y, desde ya que aparece la muerte y cómo. Digo, que es un tema que está ahí, permanentemente, un problema, es algo que, creo, corroe prácticamente toda la colección de *Contorno*.

Lugones y Walsh, sobre todo teniendo en cuenta algo que hace a nosotros mismos: el recorrido lugoniano contrapuesto al recorrido de Walsh. Esto, lo hemos planteado en alguna oportunidad, creo que habría que considerarlo. En el caso de Lugones, desde la izquierda hacia la derecha, el desplazamiento; en el caso de Walsh, a la inversa: desde la derecha hacia la izquierda. Y en el caso de Lugones, propongo, a partir del discurso de Ayacucho, en el 24, cómo en ese discurso, releído en numerosas oportunidades, está el carozo –con inflexiones, de acuerdo a cada coyuntura histórica, desde ya, con matices– hasta llegar a Galtieri. Año 30, Uriburu; 43, jornada redentora de la patria; 4 de junio, el 55; 66 que, de pronto recuerdo

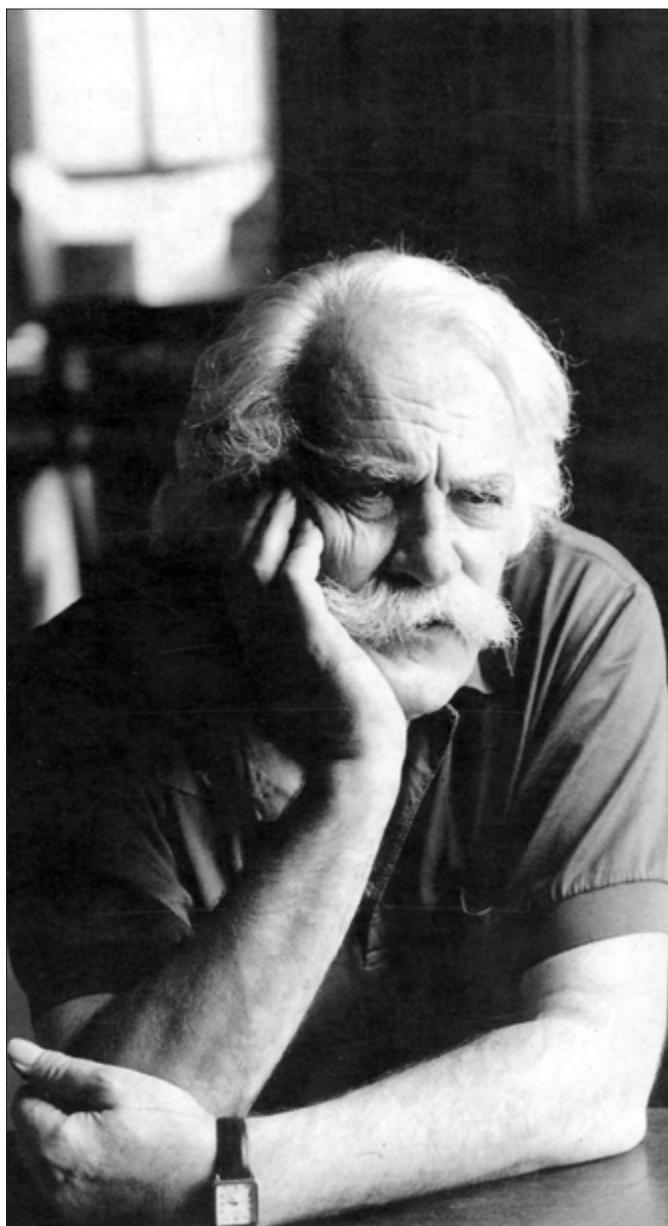
–digo, uno ya recuerda cosas inverosímiles–, el primer personaje que en la Argentina tiene *carisma*. La palabra “carisma” era una palabra académica, técnica; y de pronto, previsiblemente ya visto en perspectiva, el señor Mariano Grondona le adjudica a este personaje la categoría de *carisma*. El otro día

Algo que intentamos ver, el centro, el eje, el carozo de *Contorno*, al cual yo le adscribo, me parece, desde ya, el rasgo polémico, que es el *ademán contornista*: Hay un ademán que es la confrontación de Lugones y Rodolfo Walsh. Porque Rodolfo está vinculado, lateralmente, a *Contorno*. Podría decir, si me pusiera enfático, es el mejor hombre de *Contorno*. Y, desde ya que aparece la muerte y cómo. Digo, que es un tema que está ahí, permanentemente, un problema, es algo que, creo, corroe prácticamente toda la colección de *Contorno*.

escuché que “este señor de Gualeguychú tiene carisma” (por Alfredo de Angeli). Pues bien, el primer *carismático* en la Argentina, por el empeñoso trabajo del Dr. Grondona, fue el inefable general Onganía.

Decía, a partir del 24 –y voy terminando, porque me canso, entre otras cosas–, el carozo de cómo se llega a exaltar al sable, no simplemente como

David Viñas



un símbolo, sino corroborándolo, valorándolo, con la guerra. Y ahí fue, entonces, la dictadura del 76 al 83: ¡quieren ir a la guerra! Es decir, desde el elogio del sable, el elogio del sable está *in nuce*, se decía, ¿no?, en potencia, para ir a la guerra, eventualmente con Chile o con la “gloriosa” Guerra de Malvinas. Desde el año 24 hasta el 82: itinerario interno, ¿no? Recorrido del pensamiento militar en la Argentina.

En orden de cortes y continuidades, hablando de *Contorno*. César Fernández Moreno organiza en París un número especial, que es la continuación y culminación de *Contorno*, en la revista de Sartre. Creo que, en alguna oportunidad, Horacio González me dijo de la posibilidad de publicar ese número, enorme, dedicado a la Argentina en diciembre del año 81: un número íntegro dedicado a nuestro país². Digo, continuidades, ¿no? El saludo a César que era un hombre que venía de otra franja pero que en un momento dado reivindica nuestra tarea –creo que en ese número–, dice: “César Fernández Moreno. Dedicado a la gente de *Contorno*”.

Digo, es en el 81; continuidades. Prolongaciones, flecos de eso que, sugiero que se llame, se titule, se designe *ademán* de *Contorno*.

Hay algunos tomos de literatura argentina que vale la pena mencionar. Dos, quizás, para no abundar: el tomo de María Pia López y el de Guillermo Korn, que también creo, pueden considerarse involucrados en esta continuidad. Sí, la pedantería, mirá, dale que va... Sincronías y diacronías. Pues bien, y voy llegando al final. ¿Qué es hoy el *ademán* de *Contorno*? Frente a *La Nación*, creo que *La Nación*, lo hablaba con una compañera cuyo apellido lamento no recordar, es la

estructura política-cultural más densa en la Argentina de este momento.

Tengo que aclarar, intercalo, que yo no soy del grupo K. Con la K, creo, mi relación se limita a Kafka y a un personaje kafkiano. Quiero aclararlo con precisión, porque se me repite el enfrentamiento, digo: yo estoy, personalmente, en polémica tanto con *La Nación* como con el gobierno de K. En *La Nación* me voy a encarnizar, desde ya; en lo que respecta al gobierno K, podría abundar en otro momento, desde ya que sí.

En una época se decía que las estructuras más serias en la Argentina eran el ejército y el partido comunista. Hoy creo que la estructura global, el paquete totalizador, está radicado en *La Nación*. Hay un señor que se llama Morales Solá. Y tiene una audición de la televisión que se llama “Desde el llano”. Yo, oportunamente, le dije: “perdón, Morales Solá, usted no habla desde el llano; usted habla desde el poder, y el poder que está detrás de usted que es *La Nación*; usted es un hombre de *La Nación*”. Es una posibilidad que ya se ha institucionalizado y en muchos, muchísimos casos de intelectuales, se produce hoy, no tanto ya por el ninguneo como por la cooptación. El caso de Sebrelí es un ejemplo típico de cooptación de un hombre que viene de la izquierda y se instala en *La Nación*, y es recibido amablemente, probablemente con más amabilidad de lo que se suele utilizar con la gente presunta de la izquierda.

Morales Solá. ¡Morales Solá no tiene vergüenza! (aplausos). Porque, permanentemente, incluso, en sus artículos, habla denunciando “el doble discurso” del gobierno actual. ¡El doble discurso, denunciado desde *La Nación*, por intermedio de este caballero! Morales

Solá. *La Nación* es un típico ejemplo de doble discurso; esto lo he dicho allá, en la calle Puán y lo retomó acá, precisamente, incluso esperando provocativamente, que haya algún vigilante vinculado a *La Nación*, desde ya (risas). Cotidianamente, *La Nación* saca el santoral. Y se describe a sí mismo, se evalúa a sí mismo posicionándose como diario católico. Desde ya que eso apareció en la audición en la que estuvimos con Horacio González, que estaba Sebrelí y un joven voluntarioso llamado Fernando Iglesias. Porque yo le recordé el itinerario, los períodos de *La Nación* al señor Morales Solá, que facionaba, digamos, esta reunión en la que teníamos que hablar sobre los intelectuales argentinos. Desde ya, en 1900 estaba la tradición liberal; escribía Unamuno y otra gente por el estilo. Incluso algunos anarcos como Pío Baroja, Azorín, etc. Y sobre los años 20 hay una mutación muy considerable porque expulsan de *La Nación* a un hombre casi imperceptible que era Carlos Alberto Leumann, por escribir un cuento sobre la virgen de acuerdo a la tradición evangélica, es decir la virgen con otros hijos, etc. Lo expulsan de *La Nación*. Hay una carta obscena –hay dos, son dos–. Una es del Arzobispo de Buenos Aires exigiéndole al director de *La Nación* que lo expulse al señor Carlos Alberto Leumann; y la otra carta es abyecta, es del director de *La Nación*, año veintitantos, 27, creo, Jorge Mitre, pidiéndole disculpas al Arzobispo por el cuento que se ha publicado, y diciendo que es una vergüenza terrible. Es la obsecuencia más abyecta que yo he leído en muchos años: años, veintitantos, en *La Nación*. Pues bien, de ahí al doble discurso: todos los días el santoral, por un lado, Santa Genoveva

de Bravante, San Ignacio Pocatierra Abad y Crisantemo... todos los días. Pero, en la sección de artículos subrayados, profesionales, aparece la lista de las chicas: *culitos, lolitas, universitarias*, preferentemente de Filosofía y Letras, *chicos rugbiers* –es un festival, leerlo (risas)– desde ya. Santoral, y esto: doble discurso. Es decir, que *La*

Nación, en este momento, creo que es nuestro adversario más... decisivo. Entre otras cosas porque es un diario proxeneta (risas y aplausos).

(*) Presentación de la edición facsimilar de la revista *Contorno* (Ediciones Biblioteca Nacional), 31 de julio de 2008.

NOTAS

1. "...y desde esta noche juro/no descansar un momento/en buscar un argumento/pa joderlo a Uriburu", según consta en los comienzos de la novela del propio Viñas *Hombres de a caballo*.
2. *Tiempos Modernos. Entre el populismo y el militarismo*, Ediciones Biblioteca Nacional, 2011.